

Amarga lluvia

Sentimientos de una madre
ante la muerte de su hijo

María José Brito

Editorial
MILENIO

AMARGA LLUVIA



AMARGA LLUVIA

Sentimientos de una madre
ante la muerte de su hijo



MARÍA JOSÉ BRITO

Prólogo de
Carlos Goñi

editorial
MILENIO
L L E I D A , 2 0 0 9

© María José Brito Romeva, 2008
© del prólogo: Carlos Goñi Zubieta, 2009
© de esta edición: Editorial Milenio, 2009
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Primera edición (pdf): noviembre de 2009
Esta edición corresponde a los contenidos de la segunda edición
en formato papel, de marzo de 2009

ISBN: 978-84-9743-346-4

Made in Spain

*A Hugo, que aunque no esté, fue,
es y siempre será.*

*A mi padre, que ya llevaba
demasiado tiempo sin Hugo.*

*A mi madre, por haber sido
la segunda madre de Hugo.*

Dime, por favor, dónde estás,
en qué rincón puedo no verte,
dónde puedo dormir sin recordarte
y dónde recordar sin que me duela.
Dime, por favor, dónde puedo caminar
sin ver tus huellas,
dónde puedo correr sin recordarte
y dónde descansar con mi tristeza.
Dime, por favor, cuál es el cielo
que no tiene el calor de tu mirada,
y cuál es el sol que tiene luz tan solo
y no la sensación de que me llamas.
Dime, por favor, cuál es el rincón
en el que no dejaste tu presencia.
Dime, por favor, cuál es el hueco de mi
almohada
que no tiene escondidos tus recuerdos.
Dime, por favor, cuál es la noche
en que no vendrás para velar mis sue-
ños..
Que no puedo vivir porque te extraño
y no puedo morir porque te quiero.

Atribuida a JORGE LUIS BORGES

PRÓLOGO

El 19 de marzo de 2008, en un análisis rutinario, a Hugo le detectaron leucemia. Hasta el momento no presentaba ningún síntoma, la enfermedad había asaltado de repente, sin aviso previo, a bocajarro. Aquella misma tarde ingresó en el hospital y llamó a Adrián, su amigo y mi hijo. Acudimos todos a verle. Estaba asustado y desconcertado. Se encontraba perfectamente bien, pero le habían dicho que estaba mal. Desde aquel mismo momento se ponía manos a la obra para luchar contra una visita inesperada. Con su habitual ironía nos comentó: “Ahora, aunque suene sarcástico, a luchar a muerte”. Y luchó durante todo un mes, pero, al final, venció la muerte.

Tras un mes en el hospital, el 19 de abril, a las ocho y veinte de la tarde murió Hugo. En aquel momento comenzó a llover, primero gruesas gotas descompasadas que bombardeaban la calle sedienta de agua, después más y más, hasta formar un torrente impetuoso que acabó con una sequía que auguraba ser inacabable. La lluvia, tan deseada, se volvió amarga al mezclarse con las lágrimas de todos los que lloramos la pérdida de Hugo.

Tenía 18 años y toda la vida por delante. Era maduro, inteligente, fiel, humilde, bueno. Gastaba una fina ironía, pero que nunca hería a nadie. Le gustaba el fútbol. Era buen polemista y encajaba bien las bro-

mas. Nunca pretendía sobresalir, al contrario, jugaba siempre, y en todo, para el equipo. Caía bien a todo el mundo. Estudiaba Odontología en Barcelona con el fin de seguir los pasos de su padre, quizá para trabajar juntos algún día. Estaba muy unido a su familia, a su padre, Ángel, a su hermana, Ares, y especialmente a su madre, María José. Madre e hijo hablaban mucho y de todo, como dos amigos, como dos confidentes. Para nadie como para ella su muerte podrá ser tan dolorosa.

Me gustaría no haber tenido que escribir el párrafo anterior en pretérito imperfecto. No lo volveré a escribir más, porque tras haber leído el libro de María José me queda el hondo convencimiento de que Hugo está presente. Aunque asistimos a una madre desgarrada por el dolor, que se despoja de todos los convencionalismos para expresar sus sentimientos, hasta los más recónditos, hasta los que ella misma ni siquiera logra entender, al final te queda lo que ella pretende: el aroma de su hijo.

María José habla consigo misma, gime de dolor, intenta razonar, busca, llora, se enfada, pregunta; a veces, parece consolada; otras, rabiosa. Abre el corazón de par en par, como si necesitara que le entrara el aire, y consigue que el lector abra el suyo y conecte con lo que ella siente.

Casi diría que el libro de María José no se lee, se siente, tal es la fuerza de su prosa sencilla y expresiva. Pero no sólo eso, también te hace pensar en muchas cosas: en la muerte, en la vida, en las relaciones humanas, en Dios, en el sentido del tiempo, en los sentimientos más profundos, esos que nos da miedo sentir.

Amarga lluvia es un testimonio desgarrador de una madre que ha perdido a su hijo. Se siente, como ella

misma afirma, engañada, rota, ninguneada, furiosa, pero consciente de que tiene que sobrevivir en una nueva etapa. Se da fuerzas a sí misma, lucha contra sí misma y busca incesantemente un equilibrio que le permita seguir viviendo con dignidad. Por eso, vuelca en estas páginas todo lo que tiene dentro, desnuda su alma y abre el corazón, como si al hacerlo le fuera más fácil respirar.

Nadie que lea este libro quedará indiferente, haya experimentado o no la pérdida de un ser querido, algo se le removerá muy dentro, allí donde cala, ineludible, la *amarga lluvia*.

Carlos GOÑI